

ANTOINE BOURDELLE Y SUD AMERICA

DEL arte de Rodin, creador de la forma luminosa, equivalente escultórico de la gran pintura impresionista, parten en sentido diametralmente opuesto la escultura de Aristides Mayol y la de Antoine Bourdelle.

El estudioso de arte se resiste en el primer momento a reconocer una raigambre común entre dos tendencias aparentemente tan diferentes de la escultura moderna. No es esta, sin embargo, la única sorpresa que nos han dado los estetas del impresionismo, de ese impresionismo que viene a llenar, en Francia, con una expresión artística de gran trascendencia, una época desprovista de fisonomía, en el terreno de las artes, en todo el resto del mundo; de ese impresionismo, que marcara tan honda huella en la sensibilidad artística de Occidente, llevando su influencia a todas las ramas del arte sin exceptuar la literatura.

Mayol, con tendencia decidida hacia un arte de síntesis, encuentra un venero generoso en los cánones helenísticos de expresión serena. La forma en reposo le permite reducir sus composiciones a grandes planos simples que determinan un total luminoso sostenido, sin contraposición de sombra como en el estilo de Rodin. Antoine Bourdelle, en cambio, es analítico como su coterráneo Paul Cézanne; el trozo lo entusiasma. Y opera en él como con un bisturí (para usar sus propias palabras); los fuertes salientes, tan frecuentes en su obra, son pretextos para crear problemas de trozo. Como una catedral, una escultura de Bourdelle es un complejo de partes casi separables en cada una de las cuales actúa una voluntad vigorosa y en que la unidad se produce por una suma de fuerzas.

La forma-luz, que Bourdelle recibiera de manos de Augusto Rodin, su venerado maestro, es el vehículo con que el estatuario de Montauban conjuga esos fuertes volúmenes de acento épico, que alcanzan su más alta expresión en el Centauro Moribundo y en la estatua Ecuestre del monumento al general Alvear.

Este monumento, que el maestro consideró siempre la más importante de sus obras monumentales, fué el nexo poderoso que lo vinculó a nuestro continente. Nunca atravesó el Atlántico, pero gran lector y charlador fervoroso, había llegado a formarse de él una imagen, que si no correspondía exactamente con la realidad, se debía a que lo miraba a través de la República Argentina, cuya inmensa pampa estimulaba poderosamente su imaginación poética.

Muchos son los escultores sudamericanos que estuvieron cerca del maestro en los estrechos talleres de la Grande Chaumiere y en su estudio, tan poco suntuoso, de la Avenue du Maine. De estatura muy inferior a lo que los documentos fotográficos y su magna figura artística permitían esperar, con su mirada vivacísima y su cabeza faunesca emergiendo del amplio paletó de borlón; siempre se detenía con especial interés cerca de nosotros para hablar de la América del Sur.

Sonaba para nuestro continente un arte representativo de su medio y de las excepcionales condiciones de su naturaleza. Definía la escultura como el lenguaje artístico más antiguo de la humanidad. «A vous, les sud-américaines d'en trouver l'accent qui donnera l'expression lyrique la plus haute de vos terres merveilleuses».

R. D. D.



«El Centauro Moribundo»

Antoine Bourdelle